



HOMENAJE  
AL  
GRAN POETA  
PEDRO LLABRES



1948

G-F 6576



DG  
A



Selección Poética  
: en Homenaje al:  
::: Gran Poeta :::::  
PEDRO LLABRÉS



CB-132386  
t. 95967



# HOMENAJE

A GUISA DE

AL

GRAN POETA

# PEDRO LLABRÉS

*M. Madrid*



SEGOVIA

Imprenta Provincial

1948



R. 84001



## A GUISA DE PROLOGO

*Compañeros, consocios, paisanos y amigos del dinámico y polifacético telegrafista y literato Pedro Llabrés Rubio, concibieron la idea de rendirle un homenaje de admiración y cariño, como premio a la ingente labor literaria, patriótica y social que a diario viene realizando. Siendo de la cual fiel exponente los recientes triunfos conseguidos con los estrenos de obras teatrales, que se hacen centenarias en las carteleras de los teatros.*

*La Comisión encargada de dar realidad a este sentir, creyó la mejor manera de reflejarle, dar a la publicidad algunos de los trabajos poéticos que su incansable pluma tiene compuestos. De acuerdo con el autor, fueron elegidas las bellas poesías que el folleto que en tus manos ponemos contiene.*

*Esta Comisión que me honré presidiendo, tuvo la gentileza de transferirme el encargo de prologar el folleto, sin tener en cuenta mi absoluta carencia de dotes para tales lides. Y esta equivocación o error literario padecido por tan dignos compañeros, y en aras de la amistad, aceptado por mí, es la razón de que esta ramplona prosa venga a ser un mazacote que desde luego desentonará entre los bellos azulejos que el libro contiene.*

*Con esta explicación, que en honor a la verdad gustosos damos, una sola indicación caro lector te hacemos.*

*Pasa por alto estos renglones. Prescinde en absoluto*

de la intervención de la *telonera* e *intérnate* de lleno en el *cogollo* del libro.

En él encontrarás, si eres amante del bien decir, composiciones poéticas magistralmente hechas. Bellos *madrigales camperos*, que tienen sabor a trigo candeal en sazón, olor a tamo de eras, a majada de pastores, a tomillo de la sierra. Reflejado quedará en tu retina la vida ejemplar del lugareño castellano, que sabe convertir en novia al campo y hace del hogar un templo.

Vibra en estos poemas todo el hondo sentir de un recio poeta que hace versos con vida capaces por tanto de hacer sentir, de meterse en nuestro ser, haciéndonos percibir las bellas sensaciones que hacen alegre la vida.

De mano maestra pintados están «El viejo y la vieja». «La moza y el mozo». «El campo y la aldea». Con cristianísima fe dibujado encontrarás «El lazarillo ciego». «El enfado del abuelo con la nieta». «El cementerio de Málaga», guardador de las cenizas de la madre buena. Con noble justeza él merecido canto al «Viejo maestro de aldea».

Y en forma de índice señalado tienes, lector amigo, lo que el libro encierra. Torpemente explicado el motivo a que obedece la publicación del mismo. Quedaría ahora unas líneas dedicadas al autor, de ellas prescindimos, ya que el soneto-retrato, que como broche de oro cierra el libro, presenta de cuerpo entero a este polifacético español: *Telegrafista y Locutor, Poeta y Literato, Autor de obras de teatro, Guiones radiofónicos y cinematográficos*, y, sobre todo y ante todo, *doble castellano*, ya que con igual cariño quiere a la Castilla Nueva que le vió nacer y a la Vieja Castilla que le enseñó a rezar, sentir y querer.

V. Cardiel

Presidente del Centro Segoviano

## EL POETA

Yo me sentí poeta al ver la tierra mía  
dando pan entre flores,  
al mirar los trigales sus cabezas doblar,  
al contemplar los picos de la sierra bravía,  
al ver por sus laderas rebaños y pastores  
y al oír al arroyo susurros deslizar.  
Yo me sentí poeta con el dolor primero  
cuando al pecho se entraba de la vida el acero,  
al perderme en mis noches sin un rayo de luna  
ni la suave caricia de un bruñido lucero.  
¡Cuando faltó mi madre para mecer mi cuna!  
Cuando pasó una moza que me olía a tomillo,  
cuando vi las espigas llorando bajo el trillo,  
cuando en blanca tonada vi un cordero nacer  
y cuando el campo mío, sin lanzar una queja,  
fué dejando enterrarse por el vientre la reja  
y con flores y espigas la vino a florecer.  
Yo me sentí poeta rezando al Creador  
ante la obra divina de la Naturaleza  
cuando a vivir la vida le concedí un valor  
cuando sentí perderse del alma la pureza,  
cuando sentí a mis hijos alegrando mi hogar...  
y al dar gracias al Cielo por dicha tan completa,  
sin sospecharlo, un día, oí al alma llorar,  
salió el llanto hecho versos... ¡y me sentí poeta!

(Segovia, 1929.)

## EL BUEN AMOR

*(Fragmento de la comedia en tres actos y en verso titulada «El buen amor».)*

(Diálogo entre Fuencisla y Tío Antonio.)

—Te soñé para hacerte labradora.  
Nunca quise pensar  
que pudieras alguna vez llegar  
a ser señora.  
Ansié para ti un mozo castellano,  
labrador, buen cristiano,  
con amor a la tierra y a la esposa.  
No ambicioné otra cosa  
para la que creció bajo mi mano.  
Vas a otro mundo, a otra vida,  
dejas la tierra querida  
donde viniste a nacer...  
¡Ya ha llegado a ser mujer  
aquella moza garrida  
que a mi lado ví crecer!  
Aquí vive cada cual  
en lo suyo. Siempre igual.  
De amor bueno, de paz santa,  
la tierra madre nos canta  
la verdad. No existe el mal...

¡Y el mundo que vas a ver  
no es como el tuyo, mujer!  
Es espejo seductor  
que el mal, sabio, hace poner  
en manos de un cazador,  
y misterioso recodo  
donde se quiebra el camino  
para cercarte de lodo.  
—No pene, se lo suplico.  
Yo traeré siempre en el pico  
la miel que llevo de aquí.  
No tenga miedo por mí.  
Sus temores no me explico.  
Carlos feliz me ha de hacer.  
Hombre es que sabe querer  
y esa vida no me espanta...  
Mas si llega a suceder...  
Hay quien cae y se levanta.  
—¡Pero es quien sabe caer!  
—Llevo yo tanta ilusión,  
tan alegre el corazón  
y el alma tan bulliciosa  
que veo la vida hermosa  
como en día de función.  
Tomo una flor sin olor,  
muerdo en fruta sin sabor  
y hace mi ilusión tal cosa  
que me huele bien la flor  
y hallo la fruta sabrosa.  
Veo un árbol deshojado,  
veo un prado descuidado  
y son tales mis amores,  
que el arbolillo pelado  
da sombra, y el prado, flores.

Siento la noche callada,  
no hay ronda, no hay luna, nada...  
Y es tan grande mi ilusión  
que oigo la noche arrullada  
por una alegre canción.  
Y es todo mi pensamiento.  
Es que quiero lo que siento,  
y aunque la vida me esconda  
flor, fruta y árbol sediento,  
prado, luna, noche y ronda,  
los presento.



## FUENCISLA

Brilla el sol bien, porque en tus ojos toma  
manojitos de ráfagas de fuego.  
Es suave el aire porque va robando  
a tus labios las mieles de tu aliento.  
Es el arroyo claro, porque tiene  
que ofrecer a tu cara limpio espejo,  
y firmes son los chopos del plantío  
porque tú también tienes firme el pecho.  
Huelen bien los tomillos de la sierra  
porque dió en ti la brisa que da en ellos,  
y cantan las alondras mañaneras  
porque de ti aprendieron sus gorjeos.  
Y tiemblan las estrellas en la noche,  
y se dejan querer por los luceros,  
y se quiebra la luna en las esquinas  
y se arrullan los árboles y el viento,  
y se brindan caricias en las sombras  
las rosas que se acunan en mi huerto,  
porque vas a pasar, porque te ríes,  
o porque castamente estás durmiendo  
y va la negra noche desgranando  
las perlas de las galas de tus sueños.  
Es la vida un placer, porque tú vives,  
por ser tú quien lo cuida, el campo es bueno,  
y yo vivo feliz porque me quieres

y tú dichosa porque yo te quiero.  
Y trabajo con ansias y me afano  
por mirar bien repleto mi granero  
y ofrecerle mis tierras a la moza  
que, siendo ella mi reina, son su reino.  
Nuestro hogar sea colmo de venturas,  
sea nuestro vivir manso y sereno.  
Si hoy el mañana es lucha y esperanza,  
sea mañana el hoy dulce recuerdo.  
Si hoy decimos: «Será». Mañana: «Ha sido».  
Ni uno nos dé temor ni el otro miedo.  
Y aun con voz temblorosa y mano débil  
me apriete la guitarra contra el pecho  
y la vaya arrancando nota a nota  
las coplas que de mozo fui tejiendo  
en las cruces labradas de una reja  
donde el hoy y el mañana, eran un beso.  
Y siempre como ahora nos queramos  
y mañana como hoy, mozos o viejos,  
yo me sienta feliz porque me quiere  
y ella dichosa porque yo la quiero.



## CAMPANA POR GAITA

- ¿Han tocao al Rosario, Fuencisla?  
—Hace un rato tocaron, abuelo...  
—¿Y te estás por aquí sin llamarme?  
—Como había cogido usted el sueño  
y mañana madruga...

—No le hace.

¿Tú no sabes que nunca le pierdo?  
!Qué entendeis las mocitas de nogaño  
de lo que es Religión y respeto!

—Pues si no le llamé fué pensando  
que el dormir le era mucho más bueno...

—¡Calle usted, blasfema!

¿Qué sabes tú d'so?

Tu abuelilla, que Dios me la tenga,  
en jamás se olvidaba de hacerlo  
y en oyendo tocar la campana  
agarraba el rosario y el siento  
y a la iglesia marchábamos d'ambos.  
Pero a tí se te importa dos bledos...

—¿Me estás escuchando?

¿No me estás oyendo?

—Calle usted un instante,  
cállese usted, abuelo...

que me paice que ya empieza el baile  
porque ya estoy oyendo al gaitero...

Voy a por mi peina,  
voy por mi pañuelo  
y me marchó corriendo a la plaza  
a bailar con Perico, el barbero...  
¡Y se marcha riendo la moza!  
¡Y se queda gruñendo el abuelo!



## MI LAZARILLO

Todos los días al ir  
de paseo a los viveros,  
sentado sobre el pretil  
de piedra del Puente Nuevo,  
siempre cantando una copla,  
estaba Perico «El Ciego».  
Diríase, por lo alegre,  
que era el más feliz del pueblo.  
Tocaba en la iglesia el órgano,  
contaba a los chicos cuentos,  
sabía de adivinanzas,  
y trabalenguas y enredos  
y yo no le ví jamás  
sin llevar entre sus dedos  
una rosa, y otra rosa,  
igual que un capullo tierno,  
meciéndose entre sus labios  
en un reír noble y bueno.  
Buenos días—le decía,  
y él me decía: Muy buenos.  
Yo seguía mi camino  
camino de los viveros  
y el se quedaba cantando  
la cabeza alzada al cielo.

Y una tarde me acerqué,  
tomé en el pretíl asiento  
y tras liar un cigarro  
le dije a Perico el Ciego:  
«¿ Por qué no vas a Madrid  
a que te vea un buen médico?  
Podrás recobrar la vista  
y vivirás más contento.  
La vida tiene un encanto  
al que tú vives ajeno,  
y así verás los colores,  
y los campos, y los cielos,  
y la luz, y la alegría...  
Todo eso que es un misterio  
para tí. ¿Por qué no vas  
a Madrid?»

Perico el Ciego  
no me contestó. Yo entonces,  
respetando su silencio  
me puse en pie y emprendí  
mi marcha hacia los viveros.  
Aquel día no escuché  
lanzar sus coplas al viento,  
ni elevó su noble frente  
ni cortó la flor del huerto...  
volvió callado a su casa,  
no salió esa noche al fresco,  
no escucharon los muchachos  
ni sus risas, ni sus cuentos...  
y supe que a los dos días  
guiado de mi consejo,  
se metió en la diligencia  
y se fué Perico el Ciego.

Cuando al cabo de unos meses  
nos encontramos de nuevo  
él ya con luz en los ojos,  
pero más triste, más serio,  
le abracé con alegría  
y le dije: «¿Estás contento?».  
Y él contestó: «No, señor»,  
«¿Que no, dices? ¿Pues no veo  
que tienes vista? ¿Que ya  
has dejado de ser ciego?»  
—¡Que tengo vista es verdad!  
¿Pero y qué? —No te comprendo.  
Ya ves las flores, los campos,  
los rastrojos y los huertos.  
Ves los pájaros que vuelan,  
ves los regatos corriendo,  
ves las espigas doradas  
que se besan con el viento...  
—¿Y qué?—me dijo con pena.  
¿Y qué vale todo esto?  
Porque también vi la vida  
llena de un orgullo necio,  
y vi el mundo, y vi los hombres,  
y la traición, y el recelo,  
y el egoísmo, y el odio,  
y la falsedad, y el miedo...  
¡Ay, benditas las tinieblas  
que no me dejaron verlo!  
Yo vivía con «mi vista»  
más feliz y más contento.  
—¿Con tu vista? ¿Y qué veías?  
—Todo de luz un sendero  
que hermanaba a los mortales  
desde la tierra hasta el cielo.

Tras esos campos floridos  
hay paraísos de ensueño,  
esos colores que ves  
ocultan otros más tiernos,  
también hay otras cosechas  
y otros ríos y otros huertos...  
¿Tú no los has visto nunca?  
—Yo nunca vi más que éstos.  
—Pues los hay. Cierra los ojos  
a esa luz que en tu deseo  
quisiste que fuera mía  
también, para mi tormento.  
Yo también vuelvo a quedar  
voluntariamente ciego  
y así los dos, ya sin luz,  
vamos por un mundo nuevo  
para ti, que yo conozco  
y que es más noble y más bueno.  
¿No lo ves?

—Si con los ojos  
cerrados no puedo verlo.

—Abre los otros.

—¿Los otros?

—Los del alma.

—No los tengo.

—Pues tú eres el desgraciado  
y yo voy a ser el médico.

Oye. ¿No sabes rezar?

—Apenas si ya me acuerdo.

—¿No meditas?

—¿Para qué?

—¿No piensas?

—No tengo tiempo.

—Y cuando quieres traer

a tu ilusión un recuerdo  
y ver al hermano ausente  
o ver a los padres muertos  
¿lo haces abriendo los ojos?  
—Veo mejor si los cierro...  
—¿No te espantas de esta vida  
en que vives prisionero  
rindiendo culto a una luz  
que cubre con sus reflejos  
las almas atormentadas  
por egoísmos rastreros  
y en que todo es falsedad  
y todo malos deseos...?  
—Sí, tienes razón... Tinieblas  
me rodean... Nada veo...  
Ni un atusbo de humildad,  
ni un punto de amor fraterno,  
ni una chispa de cariño,  
ni un sol de arrepentimiento...  
¿Y es esa la luz que tanto  
me atraía? ¡No la quiero!  
—Ni yo.

—Llévame a la tuya,  
que la busco y no la encuentro.  
Y así los ojos del alma  
se me fueron entreabriendo  
y no voy dando traspies  
por el soñado sendero,  
pues supo brindarme Dios  
como lazarillo, un ciego.

1947.

## CELOS

Quando voy al rastrojo a la siega  
amontao en mi macho «Lucero»  
y al pasar sobre el puente del río  
lavando te veo,  
no sé que me pasa,  
no sé lo que siento  
que hasta envidio las aguas que tocas  
y el jabón que se quea en tus dedos  
el resol que te quema la cara  
besando tu cuello  
y el aire que pasa  
metiéndose dentro...

Y al volver, cuando estás en la plaza,  
festejando con Julio, el barbero,  
me se sube la sangre a los ojos,  
de rabia me ciego  
y arreo los machos  
queriendo no verlo...

¡Si yo fuera el jabón, contaría  
con placer y con furia tus dedos!  
si fuá el sol, te ahogaría con ansia  
mordiéndote tu cuello,  
si el aire, clavara  
navaja en tu pecho!

## ¿POR QUÉ ESTAS TRISTE, MUJER...?

¿Por qué lloras cuando río y suspiras cuando canto...?  
¿Por qué quieres que en tu pecho se marchite la alegría,  
y te quemas las estrellas de tus ojos con el llanto  
y el fantasma de la noche te horroriza y causa espanto,  
y tu boca no se ríe como antaño se reía...?

¿Por qué quieres ser la cárcel de tus propios pensa-  
[mientos,  
y tus pobres ilusiones se atormentan sin querer  
y no dejas tus canciones que se besen con el viento  
y en tu vida vas segando las espigas del contento  
y no siembras mis ensueños con tus risas de mujer?

¿Por qué no robas sus trinos a la alondra mañanera,  
y a los tostados trigales les da envidia tu color  
y cuando voy a la trilla no vienes nunca a la era  
y no ríe de mi yunta una esquila en la collera  
y no suelta en su faena una copla el segador?

¿Por qué dejas en tu pecho que se oculte amante queja,  
y por qué no da la luna en tu pecho virginal  
y por qué no siembras coplas en la huerta y la calleja  
y por qué ya no se enredan en las cruces de tu reja  
envidiosas de tus labios unas rosas de un rosal?

¿Por qué callas si pregunto? ¿Por qué lloras mansamente?  
¿Por qué quieres que en tu vida se marchite la ilusión  
y por qué ya no te miras cuando vas cruzando el puente  
en los lípidos espejos que te brinda la corriente

y en la fuente que en la vega te arrulló con su canción?  
¿Por qué a mi lado no gozas? ¿Por qué se nublan tus  
[ojos?

¿Por qué no vuelves las coplas en nuestra vida a pren-  
[der

y por qué se tornan blancos de sufrir tus labios rojos  
y no pones tu alegría floreciendo en los rastrojos  
y no siembras mis ensueños con tus risas de mujer?

Si pudiera tu tormento y lograra su consuelo,  
si pudiera de la pena acabar su propio mal  
volverían las canciones a lanzar saltando el vuelo  
y de nuevo brillarían las estrellas en el cielo  
y a las cruces de tu reja treparía mi rosal.

Cantarían las esquilas de mi yunta en la collera,  
y a tus labios volvería de amapolas el color  
y sus trinos robarías a la alondra mañanera  
y la cruz que hace el labriego con el yugo y la mancera  
de su copla crucifijo la tornara el segador.

Crecerían las espigas al calor del sentimiento,  
y la vega al ver tu risa tornaría a florecer  
y los árboles dirían madrigales con el viento  
y a mi casa y a mis campos me traerías el contento  
al sembrarme los ensueños con tus risas de mujer.



# POEMA DEL VIEJO MAESTRO

(ROMANCILLO EN CUATRO PARTES)

*«¡Mi viejo maestro! ¡Cómo nos enseñaba y, sobre todo, cuánto nos quería! ¡Hoy le he visto! ¿Dónde está? ¡Ahí le teneis!»*

(Palabras del Doctor don Mario Esteban en el acto de su homenaje en Casla el 10 de Noviembre de 1946.)

## I

Despuntaba la mañana  
del otoño madrileño  
trayéndonos de la sierra  
el cuchillo de su cierzo  
y con nubarrones grises  
entoldándonos el cielo...  
Allá, por el corazón  
del viejo Madrid chispero  
—la Glorieta de Bilbao  
del barrio Chamberilero—  
van llegando presurosos  
—aun con la huella del sueño  
en sus rostros—los que van,  
llenos de alegre contento  
a rendir justo homenaje  
a Mario Esteban, un médico  
oftalmólogo famoso  
al que, orgulloso, su pueblo,

Casla, florón de la sierra,  
nombra su *hijo predilecto*.  
¡Fiesta de amor y de gala!  
¡Repican en nuestros pechos  
las campanitas de bronce  
que pregonan el festejo!  
Autocares con banderas,  
rojos y gualdas señeros,  
y allí el *Centro Segoviano*.  
¿Cómo faltar nuestro *Centro*  
gala y orgullo y presencia  
firme y recio en todo aquello  
que en ensalzar a la *tierra*  
y a sus hijos tenga empeño?  
Y ya, por fin, Mario Esteban  
con su perfil caballero,  
una sonrisa en los labios,  
en los ojos un reflejo  
de lo que su corazón  
lleva guardado en el pecho,  
emoción en los saludos,  
franca amistad en el gesto  
y abrigando su figura  
de castellano pequeño  
el uniforme sin tacha  
del mejor de los ejércitos.  
Sube la gente a los coches...  
Cada uno ocupa su puesto...  
«¿Estamos todos?» «¡Estamos!»  
«¡Pues en marcha!» El estruendo  
de los motores, despierta  
el reposo dominguero  
y arrancan los autocares  
con sus banderas al viento,

tras de nosotros signar,  
buenos castellanos viejos,  
al ponernos en camino  
nuestra frente y nuestro pecho.  
¡Y allí se queda Madrid  
casi en las sombras durmiendo  
mientras lejos se recorta  
la mañanita en el cielo...!  
La esposa de Mario Esteban—  
que para contento nuestro  
nos regala su presencia—  
comenta, el rostro volviendo  
hacia mí: «Yo hice este viaje  
en diligencia ¡Qué tiempos!  
Durante el curso vivíamos  
en Madrid, con los abuelos,  
y después, tras los exámenes  
retornábamos al pueblo...»

.....  
.....

¡La evocación ha quedado  
prendida en un gran silencio!  
¡Ay, carretera de Francia  
que me traes tantos recuerdos  
y me cuentas de otros días,  
y otras gentes, y otros tiempos...!  
¡Ay, carretera de Francia!  
¡Diligencia de mis sueños!  
¡Visión de infantiles días!  
¡Sombra de los padres muertos!  
¡El corazón se arrodilla,  
se estremece el pensamiento  
y entre peñas y entre chopos  
se nos quedan los recuerdos

en el Horcajo, en Buitrago,  
en las crestas de los cerros,  
en los rebaños que pacen,  
en el pastor con su perro,  
en el carro que chirría,  
en el nervudo labriego,  
en las eras que relucen,  
en el paisaje severo,  
en los regatos que corren,  
en el ave que alza el vuelo,  
en el nido de cigüeñas  
sobre la torre del pueblo  
y en la yunta que incansable  
traza surcos en el suelo..!  
Doblados en las cunetas  
los peones camineros  
—la gorra roja, la espuerta  
y el rastrillo—y por el centro  
capas largas, cogoterías,  
cinturón amarillento,  
la Guardia Civil, charoles  
en tricornio y barboquejos...  
¡Ay, carretera de Francia!  
Y evocando y en silencio  
llega la venta Juanilla...  
Tomamos nuevo sendero,  
trepamos hacia la sierra,  
pasamos por Sigueruelo  
y Sigüero, y luego Casla  
reventando de contento,  
engalanada de fiesta.  
Las mozas con sus manteos  
y sus amplios pañolones  
bordados de largo fleco...

Los hombres, trajes de pana  
y el tapabocas al cuello...  
Los chiquillos, con los ojos  
muy abiertos, muy abiertos...  
Arcos de flores y ramas,  
cohetes que en rauda vuelo  
van trepando por el aire  
para partirse en el cielo...  
y como ofrenda magnífica  
que dé tono al acto espléndido,  
los copos de blanca nieve  
que flotan por un momento  
y que besan mansamente  
como blanca ofrenda, el suelo...  
¡Casla, florón de la Sierra:  
tómale. Te lo traemos.  
Por un momento ha cesado  
en su constante ajeteo.  
Allí ha quedado su clínica,  
allá sus libros abiertos,  
allá su hogar, del que él hace  
casa familiar y templo!  
¡Tómale, Casla, y entrégale,  
para tú orgullo y el nuestro  
ese merecido título  
de ser tu *Hijo predilecto!*

## II

¡Qué poco dijeron todos  
y qué torpe es la palabra!  
Hasta que habló Mario Esteban  
apenas se dijo nada.  
Y es que cuando hablan los labios  
aunque el alma en ellos habla,

aunque la verdad se dice,  
aunque el entusiasmo canta  
aunque las frases bonitas  
vengan vistiendo de gala  
lo que es justo y bien ganado,  
salen, y flotan, y pasan...  
¡Pero si habla el corazón  
sus expresiones se clavan  
firmemente en las conciencias  
y allí quedan bien grabadas  
y de allí van a los ojos  
y en ellos se vuelven lágrimas...!  
«Mis amigos... Mi niñez...  
Mi pueblo... Mis esperanzas...  
Esa Virgen de la Estrella...  
La silueta de esa casa  
en la que mi santa madre  
me arrulló con una nana...  
Los huertos y los rastrojos...  
Los nidos... La sierra en calma...  
Luego mi marcha a Segovia...  
Mis estudios... Ya la fama...  
Los hijos... Mi hogar cristiano...  
Los triunfos... Los sueños... Africa...

.....  
.....

Y el pensamiento se corta,  
y el corazón se le para...  
Los recuerdos son borrosos  
que una neblina los tapa...  
¿Todo este triunfo, por qué...?  
¿En qué cimientos se alza?  
¿Qué eslabón es el que une  
esto con aquello?... Pausa...

Son tantas las emociones,  
son las sensaciones tantas  
que se revuelven confusas  
y por un momento danzan  
en las sombras de una noche  
cuya claridad no alcanzan...  
¡Y de pronto, un solo rayo  
de luz que el recuerdo baña,  
que golpea el corazón,  
que nos amanece el alma  
y un grito que sale al labio  
y un temblor en la garganta:  
«¿Y mi maestro? ¡Le he visto!  
¿Dónde está?»

.....  
.....

Y está en la parda  
sombra del abigarrado  
conjunto en el que se abrazan  
los trajes de los serranos  
con uniformes sin mácula,  
las manceras labradoras  
con victoriosas espadas,  
los capotes que relucen  
con oro en las bocamangas  
con las boinas campesinas  
y las campesinas panas...  
¡¡El Maestro!! ¡Está escondido  
entre el temblor de sus lágrimas!  
Sencillo, humilde, callado,  
uno más que oye y no habla...  
¡Y sin embargo es el firme  
pilar en que todo se alza!  
Los triunfos que ahora han llegado,

los éxitos en la cátedra,  
los estudios superiores,  
la ciencia, el nombre, la fama...  
están en aquel Maestro,  
que con mano buena y sabia  
fué enseñando a Mario Esteban  
a hacer las primeras planas,  
a enlazar letra con letra,  
a canturrear la tabla...

.....  
«¡Dos por dos, cuatro;  
dos por tres, seis...!  
¡La p con la a, pa,  
la p con la e, pe!»

.....  
«¿Y mi maestro? ¡Le he visto!  
¿Dónde está?»

.....  
.....  
¡Y está en la Plaza  
entre las gentes del pueblo  
que hoy en Mario Esteban alzan  
el triunfo del pobre viejo  
al que le han nacido alas  
en el corazón y vuela  
hacia atrás, cuando enseñaba  
al Teniente Coronel  
cómo se quiere a la Patria!  
¡Dios te bendiga, Maestro,  
viejo maestro de Casla  
que modelaste este triunfo  
que ganaste esta batalla  
de hacer que un hombre que puede  
mirar de frente, con ansias,

vuelva la vista hacia atrás  
para rendirte sus gracias...  
«¿Y mi maestro? ¡Le he visto!  
¿Dónde está?»

«¡Otra vez la tabla!»

Dos por dos, cuatro;  
dos por tres, seis;  
dos por cuatro, ocho;  
dos por cinco, diez...

.....  
.....  
¡Dios te bendiga, Maestro,  
viejo maestro de Casla!

### III

Yo querría que mi lira  
tuviera nuevos acentos  
y que sólo en un instante,  
tan sólo por un momento  
prestaran las Musas gracia  
a mi mente y a mi verso  
para cantar, cual merecen,  
a los maestros de pueblo.  
Cuando tras largos estudios  
logran conseguir un puesto  
en la vida, cuando aún  
la juventud reina en ellos  
y el mundo se les presenta  
vistiendo colores nuevos,  
cuando esa vida los llama  
prometiéndoles el beso  
que sus años y sus ansias  
y su esperanza y su sueño  
se merecen, lo rechazan

lo mismo que a un mal deseo,  
preparan su humilde hatillo  
y se encierran en un pueblo...  
¡Qué divino sacerdocio  
es este de los maestros!  
¡Un pueblo! ¿Y cuál?. El que sea.  
Pobre, triste, oscuro, muerto...  
Una escuela—casi cuadra  
de la que ellos hacen templo—  
unos chicos que no pueden  
dedicar todo su tiempo  
a aprender, pues los reclaman  
los campos al laboreo  
y un sueldo que apenas llega  
para atender su sustento  
diario... ¡Y allá se meten  
a trocar —paciencia y celo—  
piedras de río en diamantes,  
zarzas en rosales tiernos,  
abrojo rudo en espiga,  
blasfemia brutal en rezo...!  
Allí se van a prender  
farolillos y luceros  
en las conciencias cerradas,  
a abrir los entendimientos,  
a pulir los corazones,  
a sanar los pensamientos,  
a enseñar al que no sabe  
ni que hay tierra ni que hay cielo...  
y aún en la paz del hogar  
—¡Gabriel y Galán, maestro  
de maestros y poetas!—  
van hilando el alma en versos.  
Poco a poco, en un trabajo

minúsculo y gigantesco  
a la vez, dejan la vida  
y la juventud y el sueño...  
Y cuando un día se miran  
por un descuido al espejo  
ni se conocen siquiera...  
¡Si era joven, y soy viejo!  
¿Dónde se quedó mi vida?  
¿Dónde mi brazo de acero?  
¿Dónde mi cara risueña  
y dónde mi negro pelo...?  
Su vida quedó encerrada  
en su escuela. El gesto recio  
en la tarea diaria,  
su brazo se hizo puntero,  
su piel se surcó de arrugas  
al nevarse sus cabellos...

¡Y todo eso ya no es suyo!  
¡Tan generosos lo dieron  
que cada cual un pedazo  
se llevó! Tiene el labriego  
en la punta de la reja  
el ímpetu del maestro,  
el estudiante su fe,  
el sabio su entendimiento,  
el soñador su esperanza,  
el triunfador su contento,  
el que fracasó su aguante,  
el que lucha su deseo,  
su conformidad quien cae  
y quien camina, su aliento...  
¡Y todos su corazón  
açca viva en fuego eterno!  
¿Y el viejo, qué es lo que tiene?

Le queda sólo el contento  
de ver que todo en la vida  
gloria y triunfo y lucha y sueño  
crecieron bajo su mano  
cariñosa de maestro!

La que nos marcó las letras  
en el catón, la que luego  
nos reprendió alguna falta  
—¡y nos dolió en el momento  
y después la bendicimos!—  
la que nos trazó el sendero  
para marchar por el mundo  
con andar seguro y recio...  
¡Yo quisiera que mi lira  
tuviera nuevos acentos  
y que sólo en un instante,  
tan sólo por un momento  
prestaran las musas gracia  
a mi mente y a mi verso  
para en Don Francisco Alonso  
cantar, con cálido acento  
a nuestros segundos padres,  
a nuestros viejos maestros!

#### I V

Y después, risas, abrazos,  
parabienes, más palabras...  
El día—día dichoso  
que se agota, que se acaba—  
y otra vez los autocares  
con los motores en marcha...  
La neblina va bajando  
hasta las crestas serranas...  
Un parpadeo de luces

son en los pueblos bengalas...  
Madrid lejos que nos guía...  
La vida que otra vez llama...  
Silencio... sueño... pastores  
que trepan a la majada...  
Allí enfrente, la ciudad  
vida, triunfo, luminaria...  
Allá detrás, entre sombras,  
prendido en la sierra brava  
a la que la negra noche  
cubre con mantilla blanca  
un pueblecito serrano  
todo ensueño y todo calma...  
Allá enfrente Mario Esteban  
que en su hidalguía cabalga  
triunfando, dando consuelos,  
poniendo luz en las almas  
al encenderla en los ojos  
con mano segura y sabia...  
Pero que todos los días,  
tras de finar su jornada  
y reunir a los suyos  
para rezar la plegaria  
que al caer de cada tarde  
junto a su madre rezara,  
se detiene, se emociona  
y dice con toda el alma:  
«¡Gracias y Dios te bendiga,  
viejo maestro de Casla!»

## LA MOZA

Lleva un mandil rameado  
y al cuello unas gargantillas,  
cae a su espalda trenzado  
el pelo en mil maravillas  
de su difícil peinado,  
Tiene sereno el mirar,  
gallardo y firme el andar,  
se baña en risa lozana.  
Es una rosa temprana  
que se abre para admirar  
su frescura en la fontana.  
Trabaja alegre, cantando,  
baja a la fuente sembrando  
sonrisas por los senderos  
y en su frente van besando  
los luceritos primeros  
que la saludan temblando.  
Es altiva y señorial,  
es arisca y servicial,  
y al oír el dulce son  
de la gaita, el corazón  
brilla en risas de cristal  
y rompe en una canción.  
Se levanta con la aurora,  
pone fuego en el hogar,

acude al rapaz que llora  
y a la gente segadora  
sirve, después, de almorzar.  
Va a misa, vuelve a la casa,  
sonríe al mozo que pasa,  
barre, arregla la cocina,  
llena el hogar de alegría,  
saca el agua cristalina  
del pozo y al medio día  
coloca sobre el mantel  
la hogaza de pan moreno  
que sabe a risas y a miel.  
Tiene un querer santo y bueno.  
Huele a espigas en sazón,  
como un junco se cimbreo,  
cuando lava coquetea  
con el agua, y la canción  
que en sus labios aletea  
y sale al aire con brío  
presa en las ramas se queda  
de la silente alameda  
que sestea junto al río...  
Enciende luego el candil,  
oye la dulce conseja  
de su abuela, ya muy vieja,  
y los días de función,  
al oír del tamboril  
el acompasado son  
junto al canto pastoril  
de la gaita va a bailar.  
Tiene allí quien la corteja.  
Mata el postrero candil,  
descíñese su mandil,  
besa una cruz miniatura

que lleva colgada al pecho  
y en la virginal blancura  
de su lecho  
sueña hasta que el día apunta  
y la casa se alboroz  
y pasa tarda una yunta,  
pues el trabajo se junta  
y se levanta la moza.



## LA TIERRA

¡Mira la tierra, mujer!  
La novia del labrador.  
¡Lo que se llega a querer  
el goce de poseer  
la tierra! No hay un amor  
que igual sepa acariciar  
ni que más pueda valer.  
Ella, tras largo penar,  
se viene firme a entregar.  
¡Mira la tierra, mujer!  
Me espera por la mañana  
cuando en mi yunta alazana  
voy a arar. Fresca y garrida,  
tiene en sus labios prendida  
risa que al cantar la oí  
respondiendo al goce mío,  
y en los surcos que la abrí  
me ofrece temblando así  
perlas de claro rocío.  
Cuando me agarro a la esteva  
siento que en el pecho eleva  
un altar el corazón  
y el labio va a florecer  
en una dulce canción  
cuando tropieza, mujer,

la reja con un terrón.  
¡Mi novia! Cuando me espera,  
cuando me ve en la ladera  
y en mi cantar la enamoró,  
me brinda una oferta sola:  
la más sangrante amapola  
sobre sus cabellos de oro.  
¡No la tengo de querer  
si al llegarla a poseer  
se me dió toda, si nada  
me negó, si a la invernada  
tendré su pan, si al nacer  
me la enseñé a bendecir,  
y la fuí mozo a rondar,  
y la iré viejo a rezar,  
y en ella luego a morir  
si ella me quiere arropar.  
Si siempre fresca y lozana  
está si la voy a ver  
sobre mi yunta alazana  
al despuntar la mañana...!  
¡Dios la bendiga, mujer!  
Mira, nos dió su tesoro.  
Descansa. Parece de oro  
su rastrojo. Está dormida  
soñando con la invernada.  
Se entristece. Está segada  
y cada espiga una herida  
la dejó .. ¡Bendita sea!  
Cuando de nuevo la vea  
abierto el vientre a mis manos  
en un infinito amor,  
yo mezclaré con los granos  
una gota de sudor

y una lágrima. Ya ancianos,  
cuando sin poder andar  
no podamos ni salir  
más que al sol, sabremos ir  
llevando nueva semilla:  
la huella de la rodilla  
que en ella se ha de doblar  
dando gracias al Señor  
que nos la hizo merecer.  
Ella es todo. No hay amor  
como el suyo. Es el mejor.  
¡Mira la tierra, mujer!  
Y al hijo, si le tenemos,  
te pido que le enseñemos  
su fe desde el primer día.  
Que a nuestra tierra venere,  
que ella, cuando se la quiere,  
se da toda. Su alegría  
sea esta misma, irla a ver,  
y todo su amor, poner  
en verla, altiva y lozana,  
que ella le sabrá pagar  
si a diario le ve llegar  
para su contento hacer,  
sobre su yunta alazana  
al despuntar la mañana.  
¡Mira la tierra, mujer!



## MUJER SEGOVIANA

*Evocación, leyendo «El Ama»,  
de Gabriel y Galán.*

«Yo aprendí en el hogar en qué se funda  
la dicha mas perfecta  
y para hacerla mía  
quise yo ser como mi padre era.»

---

¡Como mi padre era!  
Recio y fuerte,  
labrador castellano que en la tierra  
enterró con los granos de semilla  
de su brazo de roble, la firmeza,  
y, con dolor, cuando iba a arar, ponía  
un beso y una lágrima en la reja.  
¡Como mi padre era!  
Seco y rudo.  
Un altar en su pecho a la nobleza,  
una mano tendida, siempre amiga,  
y una puerta en su casa siempre abierta.  
Pocas palabras, buenos sentimientos,  
doblez ninguno, confianza plena  
en su propio valer y con orgullo  
de ser y haber nacido como era.

---

«Y busqué una mujer como mi madre

entre las hijas de mi hidalga tierra  
y fui como mi padre y fué mi esposa  
viviente imagen de la madre muerta.  
¡Un milagro de Dios que ver me hizo  
otra mujer como la santa aquella!»

—  
¡Otra mujer como la santa aquella!  
Venía yo de arar sobre mis machos  
y detuve su paso ante tu reja.

Bregabas por la casa, cantarina,  
y no advertías mi mirada buena.

¡Relucía la estancia como el oro,  
rebrillaban peroles y bandejas  
y el candil, con su lengua silenciosa,

escribía en la noche una conseja!

¡Pensé en mi casa solitaria y triste!

¡Nadie, al llegar, saldría hasta la puerta!

Te miré trajinar, me pareciste

la viva imagen de la madre muerta

y di gracias a Dios, que ver me hizo  
otra mujer como la santa aquélla.



## LA VENTERA

Es Juanilla, recia moza segoviana,  
de la venta de Cerezo la ventera.  
Cara fresca, cuerpo fuerte, el alma sana  
y en los labios una risa placentera.  
Tiene un huerto pequeñito tras la venta,  
es cristiana, cumplidora del deber.  
Algo brusca, sin dejar de ser atenta,  
y algo fuerte, sin dejar de ser mujer.  
Por su puerta cruza vieja diligencia,  
la requiebra caballero el mayoral  
y ella escucha, ruborosa, la inocencia  
de un sencillo, pero hermoso madrigal.  
Cara fresca, cuerpo fuerte, sana el alma  
alternando las canciones con el rezo,  
vive alegre, siempre en paz y siempre en calma  
la ventera de la venta de Cerezo.



## EL ABUELO

Se ha sentado el abuelo a la solana,  
la petaca, el papel... lía un cigarro...  
A su lado, en el suelo, tiene un jarro  
de buen vino. Lleva un traje de pana.  
Le asoma por la faja la punta del pañuelo.  
Sobre la frente surcos que el tiempo le labró.  
Amenaza su mano riñendo a un rapazuelo:  
«¡Ya verás, condenado, si me levanto yo.. !»  
¡Pero no se levanta! Sigue el viejo sentado  
y el ch'co corretea de un lado al otro lado  
mientras gruñe el abuelo: «¡Párate, maldición!»  
Con mano temblorosa lleva la boca al jarro,  
coloca entre los labios el jiboso cigarro  
y hace saltar las chispas de su viejo eslabón.



## EL VIEJO

Membrudo como un sarmiento,  
como la tierra cetrino,  
en su frente un pensamiento  
que vino a enredar el viento  
en la nieve que fué endrino.

Con recia capa se toca,  
calmado lía un cigarro  
y cuando el sol le sofoca  
le roba un beso su boca  
a la ancha boca del jarro.

Va a la plaza a la función,  
goza al son del tamboril  
y aún masculla una oración  
tras de cerrar el portón  
y al calor del fogaril.

Y sentado en la solana  
relata a algún mozalbete:  
«¡Qué quintada más galana  
la del año ochenta y siete!  
¡Gente de aquélla ya hay poca!  
¡Nos hicieron de otro barro!»

Da otra chupada al cigarro,  
se alza, su boina coloca  
hacia la frente y su boca  
besa la boca del jarro.

## EL MOZO

Tiene la cara morena que el sol le besó con gozo,  
cae el ébano rizado sobre su frente tostada,  
se columpia entre sus labios una flor recién cortada  
que va vestida de risas. Apenas le apunta el bozo.  
Lleva al hombro la chaqueta. Le sube al pecho la faja,  
asómase entre sus pliegues las cachas de una navaja,  
se anuda al cuello un pañuelo, lleva la boina a la frente,  
en su mano juega un junco, gasta ceñido el calzón  
y ha de encontrar siempre a mano la petaca y el porrón.  
Tiene en los ojos ternuras de corderillo inocente.  
Grueso el labio, firme el pecho,  
como una vara derecho...  
Sabe arrullar cuando mira.  
Cuando en sus labios retoza  
una flor para una moza  
ésta, halagada, suspira,  
y con la cabeza baja el paso intenta apretar  
sintiendo un extraño gozo,  
pero se vuelve a mirar si aún la está mirando el mozo.  
Sabe jugar a la barra,  
sabe pulsar la guitarra  
y tras el duro quehacer  
dice una copla bizarra  
que nota a nota desgarrar  
la voluntad de un querer.

Y por la labrada reja  
abierta a negra calleja  
le ve una moza pasar,  
sobre el hombro la chaqueta, subida al pecho la faja,  
asomando entre sus pliegues las cachas de una navaja,  
echando al aire una copla que es contento y es sollozo,  
con el ébano rizado sobre su frente tostada,  
meciéndose entre sus labios una flor recién cortada  
que ella no sabe si es rosa o es una risa del mozo.



## EL MATRIMONIO

¡Quítate gargantillas y galas,  
déjame que te mire, lucero!  
¡Ya casamos, ya estás en tu casa...  
y me pæce mentira creerlo!

---

Hoy mañana cuando has despertado,  
si es que anoche cogistes el sueño,  
¿no has mirado qué día más claro,  
no has mirado qué día más bueno?  
¿No sentiste reir las campanas?  
¿No escuchaste a la vida riendo?  
¿No te olía la tierra a tomillo  
y te olía la casa a romero?  
¿No sentistes saltar las esquilas  
de las yuntas que al campo salieron?  
¿No escuchaste decir a la fuente  
sus canciones? ¿No viste un lucero  
columpiarse besando a una estrella?  
¿Escuchaste balar los corderos?  
¿No quedaron las coplas prendidas,  
de la ronda que anoche te dieron,  
en la cruz de tu reja labrada?  
Y las rosas que llenan tu huerto,  
¿no se abrieron meciendo sus tallos  
y sus hojas tu senda cubrieron?

¡Ya casamos, ya estás en tu casa...  
y me parece mentira creerlo!  
¡Quítate gargantillas y galas,  
démame que te mire, lucero!

---

Tengo la yunta mejor que ara tierras en la aldea,  
brilla el pelo de mis machos como si fuera de ébano,  
están los trigos doblados del peso de sus cabezas  
y han parido las ovejas y están mejor los corderos.

Tengo el brazo más seguro que empuña esteva y azada,  
para quererte con ansias tengo el más seguro pecho,  
tengo las coplas más buenas pa regalarie el oído  
y los ojos más tranquilos pa que te mires en ellos.

Tengo la mejor navaja pa defenderte de todos  
y tengo pa sostenerla el brazo más firme y recio  
y un altar pa darte culto y rezarte como a Virgen  
en lo hondo del alma tengo.

Tengo mi casita blanca que me da cobijo y sombra,  
está de dorados granos bien apretado el granero,  
tengo de esquilas sembradas de mis machos las colleras  
y de aceradas espinas las carlanças de mis perros,  
blanco mantel a mi mesa, rubias y tiernas hogazas,  
sombra de parra a mi puerta, risa de noria en el huerto,  
buena voluntad, buen trato, buen trabajo, buen deseo...

Y tengo para mi dicha—¡que Dios, mujer, te lo pague!—  
un cacho de tus entrañas que se hizo carne del cielo  
y que ya alegra la casa con sus primeras sonrisas  
cuando alegre patalea soltándose de tu pecho...

¿Ya le has echado en la cuna?  
Ven aquí y hablemos quedo...

Más cerca, ponte más cerca...

«Si no es muy duro en invierno,  
en la feria de Riaza venderemos la cebada  
y en Aranda todo el trigo venderemos...

Y te compraré una peina,  
y unos lazos, y un pañuelo. .  
¿Estás contenta, mujer?  
Yo no sé lo que me pasa que me ahogo de contento...  
Muchas veces bien quisiera florecer mi boca en risas,  
pero no sé lo que ocurre que no puedo.  
No es como antes mi alegría  
Ahora viene de más dentro.  
Se me añuda la garganta,  
no sé hablarte lo que siento,  
pero todo mi cariño que por ti nació tan sólo  
se trata en toas las cosas que pa ti fui consiguiendo:  
en mi yunta, la mejor que ara tierras en la aldea,  
en mis machos que rebrillan relucientes como el ébano,  
en los trigos que se doblan por el peso de la espiga,  
en las churras y merinas que han parido sus corderos,  
en mi brazo, el más seguro que empuña esteva y azada,  
en las ansias pa quererte que se guardan en mi pecho,  
en las coplas más bonitas que al oído te regalo  
y en los ojos más tranquilos que te brindan un espejo.

---

¿No te acuerdas? ¡Cuántas cosas!  
¡Cuántas cosas ya qué lejos!  
Nuestra yunta, nuestra casa,  
nuestros hijos, nuestros nietos...  
Sólo tú y yo, muy juntitos  
para así poder tenernos,  
caminamos por la senda  
que aquel día se hizo anhelo...  
Ponte vieja tus galas mejores,  
déjame que te mire, lucero...  
¡¡Hemos sido los dos tan felices  
que me paece mentira crérmelo!!

## CANTO A CASTILLA

Para mi buen amigo y gran segoviano Valentín Cardiel, alma y vida del Centro Segoviano de Madrid.

¡Castilla la parda como los sayales de sus labradores!  
¡Castilla la vieja igual que las piedras de sus catedrales!  
¡Castilla la muerta como los castillos de sus defensores  
y como las vidas de sus opresores!  
¡La que se empavesa con gorros villanos y penachos reales!  
La que ofrenda al cielo las firmes agujas de sus campanarios.

La del campo seco, la de alma sin vida,  
la que bajo el peso de su propia gloria reposa dormida  
e hizo con las vidas de sus paladines regios relicarios.  
La de la tonada perdida en el monte. La de los señores.  
La de los magnates y los guerrilleros.  
La gloriosa tierra que dió en sus trigales,  
reyes y pastores,  
ora inquisidores,  
ora comuneros,  
o altivos señores feudales.

La del cielo turbio prendido en sus sierras,  
la de blancas crestas sobre rojas tierras,  
la que sus riquezas fundió en sus fatigas  
y hoy brinda a las goces de sus agosteros  
el oro granado por sus caballeros

cuajado en las testas de rubias espigas...  
La del rostro adusto, la de pecho noble,  
la de porte altivo y aire señorial,  
a de brazo firme como el firme roble  
con el que maneja tajante mandoble  
para ir escardando los pinchos del mal...  
La que en una casa de escudo guerrero  
alberga la yunta del buen labrador.  
La que en sus pesares no lanza una queja,  
la que en pobre fragua trabaja el acero  
con un santo amor  
y sabe sacar de una espada, una reja...  
La de los caminos sin sombra ni fuente,  
la de los canchales, la de la pobreza,  
la que trabajando camina silente  
hacia el sol la frente  
con el pecho erguido y alta la cabeza.  
La de mil campanas, lenguas de metal,  
la que en sus callejas tiene un madrigal  
prendido en las rejas de noble tapada  
y deja esfumarse con aire espectral  
a un buen caballero  
de alado sombrero  
espuelas, caricias de mujer y espada...  
La de un puñadito de casas, semilla  
que al pie de una torre sembró un comunero.  
Doblemos sumisos aquí la rodilla,  
libremos la testa del ancho sombrero  
y salga un suspiro y un rezo: ¡Castilla!

## EL JARDIN DE LOS MUERTOS

¡Ay, cementerio de Málaga, tan chiquitito y tan blanco,  
en donde la vida duerme a la sombra de un naranjo  
y las cruces se coloran con claveles y con nardos!

¡Ay, cementerio de Málaga, jardín de místico encanto  
por el que en tumbas y nichos está la muerte cantando  
una soleá de pena bajo una luna de raso!

De allá lejos, del Perchel, viene entre un chocar de vasos  
una oración de guitarras que es lamento, copla y llanto;  
aromas del Limonar en verde y oro bordados,  
y el pregón de un vendedor, bien colgados los cenachos  
en las ánforas de bronce que forman sus recios brazos:

«¡Boquerones! ¡Son del alba...!» Allá arriba, Gibralfaro...  
La Farola, la Alcazaba, la Caleta, el Seminario...

Las monjitas capuchinas, olor de tierra y de barcos,  
y las bocas misteriosas de unas cuevas de gitanos...

¡Y un cielo y un mar azules! ¡Y un sol de luces borracho!

¡¡Ay, cementerio de Málaga!! En tí la que quise tanto,  
mi madre viejita y buena está por siempre soñando...

Cuídamela, que la pobre enterró en tu suelo santo  
un corazón que era nido de campanas y de pájaros,  
unos ojos que han sabido muy poco lo que era llanto,  
una sonrisa en los ojos y una caricia en los labios.

Yo mismo te la llevé por aquel camino largo,  
mientras lejos, las mujeres, salmodiaban un rosario  
y tú abrías en la tierra tus dos maternales brazos...

¡Ay, cementerio de Málaga, tan chiquitito y tan blanco  
en donde mi vieja duerme a la sombra de un naranjo!

!Cuántas veces lo decía señalándole a lo lejos!  
«Mira, parece un jardín, no parece un cementerio.  
Rosas, claveles, magnolias, lirios, nardos, crisantemos...  
Qué bien se deben dormir en ese vergel los muertos...»  
!Cuántas veces me lo dijo recordando todo aquello!  
«Desde mi balcón me asomo, me empino un poco y lo veo.  
No tiene tristes cipreses, ni sauces, ni árboles negros.  
Estalla de mil colores, todo él parece un florero.  
No huele a tierra ni a tablas. Huele a caricias de cielo.  
Es claro, es blanco, es bonito... Te digo que no da miedo.  
Hasta —y no es irreverencia— a veces quiebra el silencio  
una coplilla flamenca que se dice como un rezo  
por entre las campanillas que se abrazan a los hierros.  
«Si yo me muriera en Málaga ¿verdad que me ¡haréis un hueco  
para que entre tantas flores duerma yo mi último sueño?»  
¡Y lo dispuso el Señor! Te concedió tu deseo  
y yo mismo te llevé a darte el reposo eterno;  
y recordando tus frases dije al dejarte en el suelo:  
¡Qué bien que deben dormir en este vergel los muertos!

¡Ay, cementerio de Málaga, tan chiquitito y tan blanco  
en donde la vida duerme a la sombra de un naranjo  
y las cruces se coloran de claveles y de nardos!  
Allí mi viejita buena, como lo había soñado,  
ayudada por los ángeles, irá las flores cuidando,  
y cambiará una maceta, porque se la partió un tallo,  
y regará unos dondiegos y limpiará unos geranios,  
y echará tierra a unos lirios y pondrá al sol unos nardos.  
Ya no precisa el balcón para verle allá en lo alto  
al fin de la carretera, como un cortijo nevado...  
Ya no tiene que soñar con sus flores. Ya sus manos  
revolotean mimosas entre capullos tempranos,  
y van cortando uno a uno y hace con ellos un ramo  
y se lo lleva a la Virgen. ¿Te acuerdas? ¡La llamó tanto!  
«¡Ay mi Virgen del Perpetuo Socorro, dame la mano!»

Se nos fué ¿qué se ha de hacer? La estaba el padre llamando.  
¡Pepal! ¿No vienes, mujer? ¡Ya voy, Miguel! Se encontraron,  
y así, los dos viejecillos, irán ahora paseando  
por los senderos floridos, muy cogiditos del brazo  
prestándose mutuo apoyo para aguantarse los años...  
Ya la misión que a unos y otros nos vino desde lo alto  
hemos de cumplir. Los viejos en su jardín disfrutando  
y nosotros, aquí abajo, a recordarles rezando...  
¡Ay, cementerio de Málaga, tan chiquitito y tan blanco,  
vela el sueño de tus muertos y cuida no despertarlos!



## Perfiles Telegráficos

### DON PEDRO LLABRÉS

*Madrileño verdad, con el aroma  
del hidalgo engarzado en un chispero,  
porque lleva en el pecho un caballero  
y en el alma una Virgen: la Paloma.*

*Fértil ingenio que a la radio asoma  
su perfil eutrapélico y torero  
mientras triunfa en la escena el sainetero  
pensando en serio y escribiendo en broma,*

*Más lorero que Arruza, más castizo  
que adornar un balcón con hierbabuena  
y poeta, poeta antes que nada*

*capaz de cautivar con el hechizo  
de su pluma que a veces es sirena,  
muchas más rruiseñor y siempre honrada.*

Teodoro Gutiérrez

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
DEPARTMENT OF CHEMISTRY  
LABORATORY OF ORGANIC CHEMISTRY  
505 EAST HALEY STREET  
CHICAGO, ILLINOIS 60607  
TEL: 773-936-3700  
FAX: 773-936-3701  
WWW: WWW.CHEM.UCHICAGO.EDU

1. Introduction  
2. Experimental  
3. Results and Discussion  
4. Conclusions  
5. References

Author: [Name]  
Date: [Date]

# ÍNDICE

---

## Página

A Guisa de Prólogo .....	5
El Poeta .....	7
El Buen Amor.....	8
Fuencisla.....	11
Campana por Gaita .....	13
Mi Lazarillo .....	15
Celos.....	20
¿Por qué estás triste, mujer?.....	21
Poema del Viejo Maestro .....	23
La Moza .....	36
La Tierra .....	39
Mujer Segoviana .....	42
La Ventera.....	44
El Abuelo.....	45
El Viejo.....	46
El Mozo .....	47
El Matrimonio.....	49
Canto a Castilla.....	52
El Jardín de los Muertos.....	54
Perfiles Telegráficos.—Don Pedro Llabrés .....	57

# INDEX

Introduction	1
Chapter I	10
Chapter II	20
Chapter III	30
Chapter IV	40
Chapter V	50
Chapter VI	60
Chapter VII	70
Chapter VIII	80
Chapter IX	90
Chapter X	100
Chapter XI	110
Chapter XII	120
Chapter XIII	130
Chapter XIV	140
Chapter XV	150
Chapter XVI	160
Chapter XVII	170
Chapter XVIII	180
Chapter XIX	190
Chapter XX	200
Chapter XXI	210
Chapter XXII	220
Chapter XXIII	230
Chapter XXIV	240
Chapter XXV	250
Chapter XXVI	260
Chapter XXVII	270
Chapter XXVIII	280
Chapter XXIX	290
Chapter XXX	300



